

Lección 18

26 abril de 1967

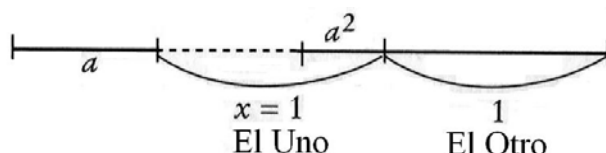


Fig. XVIII-1

Mientras se borra lo que hay en el tablero, les hice este dibujo que es imperfecto. ¡Pero, bueno! no perdamos tiempo. Es imperfecto en el sentido en que no está acabado, porque la misma longitud 1 que define el campo *a minúscula*, debería reproducirse aquí, pero la empecé demasiado lejos. Ya les indiqué suficientemente que esos dos segmentos, particularmente éste de aquí y éste que no está terminado, son, si quieren, calificables como el *Uno* y el *Otro*, el Otro en el sentido en que lo entiendo de ordinario, el lugar del Otro, A mayúscula, el lugar donde se articula la cadena significativa, y lo que esta soporta de verdad.

Esos son los términos de la díada esencial donde ha de forjarse el drama de la subjetivación del sexo. Es decir, aquello de lo que estamos hablando desde hace mes y medio. *Esencial*, para quienes tienen su oído formado en los términos heideggerianos, que, como lo verán, no son mi referencia privilegiada. No obstante, para ellos, quiero decir no díada esencial en el sentido de lo que *es*, sino en el sentido de lo que (hay que decirlo en alemán), de lo que *wes*,¹ como se expresa Heidegger, de una manera de hecho forzada ya a la luz de la lengua alemana. Digamos, de lo que opera en tanto *Sprache*, o sea, la connotación, que le dejamos a Heidegger, del término de “lenguaje”.

No se trata ahí de otra cosa que de la economía de lo inconsciente, hasta de lo que comúnmente se llama *proceso primario*.

No olvidemos que para esos términos –los que acabo de plantear como los de la díada, de la díada de la que partimos: del Uno y del Otro; el Uno tal como precisamente lo articulé la última vez, y que de hecho voy a retomar, el Otro, en el uso que hago de éste desde siempre–, no

¹ De *wesen*. [D.]

olvidemos, digo, que hemos de partir de su efecto. Su efecto tiene de irrisorio que se presta para la burda metáfora de que sea él, el niño. La subjetivación del sexo no pare nada, salvo el infortunio.

Pero, lo que ya produjo, lo que se nos da de manera unívoca en la experiencia psicoanalítica, es ahí ese desecho del que partimos como siendo el punto de apoyo necesario para reconstruir toda la lógica de esta diada. Esto, dejándonos guiar por aquello en donde este objeto es, lo saben ustedes, propiamente hablando la causa, a saber, el fantasma.

La lógica –si es cierto que pueda yo plantear como su tesis inicial lo que yo hago: *que no hay metalenguaje*– es esto: que uno puede extraer del lenguaje particularmente los lugares y los puntos donde, si puede decirse, el lenguaje habla de él mismo. Y es justamente así como alcanza su plenitud en nuestros días. Cuando digo que “alcanza su plenitud en nuestros días” es porque es evidente, basta con que abran un libro de lógica para que se den cuenta de que eso no tiene pretensión de ser otra cosa; nada óntico, en todo caso, apenas ontológico. Al respecto, no obstante, remítanse, puesto que les voy a dejar 15 días de intervalo, a la lectura del *Sofista*,² quiero decir, del diálogo de Platón, para saber hasta qué punto esta fórmula, digo, que concierne a la lógica, es exacta, y que su punto de partida no data entonces de hoy ni de ayer.

Comprenderán que, de hecho, es de ese diálogo, *El Sofista*, que parte Martín³ –digo Martín Heidegger– para su restauración del asunto del Ser. Y, en últimas, no será una disciplina menos saludable para nosotros la de leer, puesto que mi falta de información hizo que, al no haberla recibido sino recientemente gracias a un servicio de prensa, sólo hasta hoy pueda aconsejarles leer la *Introducción a la Metafísica* en la excelente traducción de Gilbert Kahn.⁴ Digo “excelente” porque a decir verdad... no buscó lo imposible y porque, para todas las palabras de las que es imposible dar un equivalente, si no un equívoco, forjó tranquilamente o volvió a forjar palabras francesas como pudo, a reserva de que, al final, un léxico nos dé su exacta referencia alemana. Pero todo esto no es más que paréntesis.

Esta lectura... fácil (lo cual tal vez puede ser puesto en duda por otros textos de Heidegger, pero les aseguro, ésta es extraordinariamente fácil, hasta de un tono muy netamente rayano con

² Lacan se remite a la edición de A. Diès, les Belles Lettres, Budé, 1963. Para la edición en español, Cf. Platón, *Diálogos, V, Párménides, Teeteto, Sofista, Político*, Madrid, Gredos, 1988.

³ Lacan lo pronuncia al estilo alemán [S.]

⁴ Heidegger Martin, *Introduction à la métaphysique*, 1952, traducción al francés de G. Khan, París, Gallimard, 1967. [D.]

la facilidad) es imposible hacer más transparente la manera como él entiende que se vuelve a plantear, en nuestro momento histórico, el asunto del Ser.

No es cierto que yo piense que se trate de una lectura de ejercicio simplemente y, como lo decía hace poco, saludable. Eso limpia muchas cosas pero no deja igualmente de extraviarse al dar la única consigna de un retorno a Parménides y a Heráclito (por muy genialmente que los sitúe) precisamente a nivel de ese meta-discurso del que hablo como inmanente al lenguaje. No es un metalenguaje. El meta-discurso inmanente al lenguaje y que yo llamo la lógica es, justamente, por supuesto, lo que merece ser refrescado con tal lectura.

Cierto es que no hago uso, pueden ustedes notarlo, de ninguna forma de procedimiento etimologizante, cuyas fórmulas, llamadas presocráticas, Heidegger hace revivir admirablemente. Es porque, así mismo, la dirección que entiendo señalar difiere, difiere de la suya precisamente en el hecho de que es irreversible y que indica *El Sofista* (lectura, también ésta extraordinariamente fácil y que no deja también de hacer su referencia a Parménides) precisamente para señalar cuán lejos e impetuoso llegó contra esa defensa que expresa Parménides⁵ en esos dos versos:⁶

οὐ γὰρ μήποτε τοῦτο δαμῆ εἶναι μὴ ἐόντα·

No, nunca jamás plegarás por la fuerza a los no seres a ser;

ἀλλὰ σὺ τῆσδ' ἀφ' ὁδοῦ διζήσιος εἶργε νόημα

De esta senda de búsqueda aleja mejor tu pensamiento.

Es precisamente la senda abierta, abierta desde el *Sofista*, la que se nos impone, hablando propiamente, a nosotros los analistas, por poco que sepamos únicamente con qué tenemos que vérmola.

Si yo hubiese logrado hacer un “psicoanalista letrado”, habría ganado la partida. Es decir, que, a partir de ese momento, la persona que no fuera psicoanalista se convertiría, por eso mismo, en una iletrada. ¡Que los numerosos letrados que pueblan esta sala se tranquilicen, aún conservan sus resticos!

Se requiere que el psicoanalista llegue a concebir la naturaleza de lo que él manipula, como esta escoria del Ser, esta piedra rechazada, que se vuelve piedra angular de lo que propiamente es lo que designo como *objeto a*. Y que es un producto, digo, *producto* de la operación del lenguaje,

⁵ “el Parménides” [Sizaret]. Pero se corre el riesgo de confundirlo con el diálogo de Platón.

⁶ Lacan traduce de Parménides, *Le poème*, VII, edición de Jean Beaufret, París, PUF, 1955, 1986.

en el sentido en que el término *productio* es necesario en nuestro discurso por el recaudo [*la levée*], desde Aristóteles, de la dimensión del ἔργον, exactamente, del trabajo.

Se trata de volver a pensar la lógica a partir de ese *a minúscula*. Puesto que ese *a minúscula* (si lo denominé, no lo inventé) es propiamente lo que cayó en manos de los analistas a partir de la experiencia que éstos han rebasado en lo que es la cosa sexual. Todos saben lo que quiero decir, y, además, que sólo hablan de eso. Ese *a minúscula*, desde el análisis, ¡son ustedes mismos! Digo, cada uno de entre ustedes, en su nódulo esencial; eso les pone los pies en la tierra, como se dice, eso los restablece, del des... del delirio de la esfera celeste, del sujeto del conocimiento.

Habiendo dicho esto, eso explica, y es la única explicación válida, por qué, como lo puede ver cada cual, se parte, en el análisis, del *niño*. Es por razones, propiamente hablando, metafóricas. Porque el *a minúscula* es el niño metafórico del Uno y del Otro, por cuanto ha nacido como desecho de la repetición inaugural, la cual, por ser repetición, exige esa relación del Uno al Otro, repetición de donde nace el sujeto.

La verdadera razón de la referencia al niño en el psicoanálisis no es, pues, en ningún caso, lo más granado de *G. I.*,⁷ la flor que se promete que llegará a ser el feliz sinvergüenza que al señor Erik Erikson le parece suficiente motivo de sus cogitaciones y de sus penas, sino solamente esa esencia problemática, el *objeto a*, cuyos ejercicios nos dejan estupefactos, por supuesto no en cualquier parte: ¡en los fantasmas (y puestos en ejecución de manera bien suficiente) del niño! Para que sea en su nivel donde se vean los juegos y las vías mejor abiertas, se requiere recoger confidencias que no están al alcance de los psicólogos del niño...

En resumen, es lo que hace que la palabra *alma* tenga, en el menor de los retozos sexuales del niño (en su “perversión”, como se dice) la sola, la única y la sola digna presencia que deba acordarse a esa palabra, a la palabra *alma*.

Entonces, la última vez lo dije, el *Uno* es, simplemente, en esta lógica, la entrada en juego de la operación de la medida, del valor a darle a *a minúscula* en esta operación del lenguaje que será, en últimas (¿qué otra cosa se nos propone?), *intento* de reintegrar ese *a minúscula*, ¿en qué? En este universo del lenguaje del cual ya planteé al comienzo de este año, ¿qué? ¡Que no existe!

⁷ *G. I.*: (1942: abreviatura americana de *Government Issue*). Soldado del ejército americano [tomado del diccionario alfabético y analógico de la lengua francesa *Le Petit Robert*, 1986, pág. 865]. T.

No existe, ¿por qué? Precisamente, por causa de su existencia, la del objeto *a minúscula*, como efecto.

Entonces, operación contradictoria y desesperada, de la cual afortunadamente la sola existencia de la aritmética, así sea elemental, nos garantiza que la empresa es fecunda. Puesto que aún al nivel de la aritmética, nos hemos dado cuenta, hay que decirlo, recientemente, de que el universo del discurso no existe.

Entonces, ¿cómo se presentan las cosas al comienzo de este intento? ¿Qué quiere decir escribir (puesto que requerimos de ese Uno y que nos contentaremos, en cuanto a la medida, con el objeto *a minúscula*) esto: *Uno más a igual a Uno sobre a minúscula*?

$$1 + a = \frac{1}{a}$$

Sospechan ustedes que cuando mi teoría empiece a ser objeto de un cuestionamiento serio por parte de los lógicos, habrá mucho que decir sobre la introducción aquí de los tres signos, que se figuran como *más*, *igual*, e igualmente la *barra*, entre el 1 y *a minúscula*.

Eso son ensayos en los que se requiere, provisionalmente, para que mi curso no se estire indefinidamente, que se fien en que los haya hecho por mi cuenta, no mostrando aquí más que las puntas, en el nivel en que éstas pueden serle útiles.

Hay que subrayar, sin embargo, que si (porque eso va de suyo y porque en verdad es más cómodo, todavía tenemos suficiente camino que recorrer) yo inscribo, aquí, sencillamente la fórmula que resulta recubrir lo que llamé el inconmensurable más grande o también el número de oro, que designa muy propiamente hablando lo siguiente: que de dos magnitudes la relación de la mayor con la menor, del *Uno* con el *a*, en este caso, es la misma que la de su suma con la mayor; que si opero así, ciertamente, no es para hacer pasar, de hecho demasiado rápido, hipótesis que sería muy molesto que las tomarán ustedes por decisivas, quiero decir, que creyeran demasiado en ello, en ese paradigma que simplemente supone hacer funcionar, por un tiempo, para ustedes, el objeto *a minúscula*, como inconmensurable en aquello de que se trata: su referencia al sexo. Es a este respecto que el *Uno* (ese sexo y su enigma) está encargado de recubrirlo.

Pero nada indica, por lo demás, en la fórmula $1 + a = 1/a$, que podamos enseguida hacer entrar allí la noción matemática de *proporción*. Mientras no lo hayamos *escrito* expresamente (lo cual implica esta escritura tal como está ahí, para alguien que la lee a nivel de su matemática

usual, a saber, que es: $1+a/1 = 1/a$), mientras que este 1 no esté inscrito⁸, la fórmula puede ser considerada como mucho menos precisada. No indica otra cosa que esto: que es de la aproximación del *Uno* al *a minúscula*, que suponemos ver surgir algo. ¿Qué? ¿Por qué no, en este caso, que el *Uno* representa el *a minúscula*?

De ninguna manera hago uso de mis simbolizaciones al azar. Y si quienes aquí pueden recordar aquellas (las simbolizaciones) que le di a la metáfora, recordarán que, en últimas, cuando escribo la serie de los significantes, indicando que en su parte de abajo esta cadena implica un significante sustituido, y que es de esta sustitución que resulta que el nuevo significante sustituido por el S mayúscula, llamémoslo S', por el hecho de que oculta el significante al cual se sustituye, adquiere valor de ese algo que ya connoté así, s' ($1/s'$), adquiere valor del origen de una nueva dimensión significada que no pertenecía ni a uno ni al otro de los significantes en cuestión.

$$\frac{S \dots S'}{S} \longrightarrow S' \left(\frac{1}{s'} \right)$$

¿Acaso no resulta que algo análogo (que no sería aquí propiamente sino el surgimiento de la dimensión de la medida o de la proporción, como significación original) está implicado en ese momento de intervalo que, tras haber escrito $1 + a = 1/a$, lo completa con el *Uno* que estaba ausente aunque inmanente, y que, por el hecho de ser diferenciado en ese segundo tiempo, toma figura de la función aquí del significante sexo en tanto reprimido?

Es en la medida en que la relación con el *Uno* enigmático, tomado en su pura conjunción $1 + a$, puede, en nuestro simbolismo, implicar una función del *Uno* como representando el enigma del sexo en tanto reprimido, que *Uno*, que este enigma del sexo se nos presentará como pudiendo realizar la sustitución, la metáfora, recubriendo por su proporción el *a minúscula* mismo. ¿Qué significa esto?

El *Uno*, me opondrán ustedes, no está reprimido. Como aquí, donde ateniéndome a una fórmula aproximada, hice una cadena de significantes de la cual convendría que efectivamente ninguno reproduzca ese significante reprimido (es por eso, justamente, que se requiere que lo reprimido yo lo distinga), aquí ese *Uno* de la primera línea, ¿va contra la articulación que intento darles? Seguramente no, por esto: que, como ustedes lo saben (si acaso se tomaron el trabajo de ejercitarse un poquitito en lo que les mostré de lo que concierne al uso que conviene hacer del *a*

⁸ Se refiere al 1 en el denominador de $1+a/1$ [Sizaret].

minúscula respecto al *Uno*, es decir, habiendo marcado su diferencia y operado su sustracción respecto al *Uno*), si se subraya, como les he dicho, que $1 - a = a^2$, el *Uno* menos *a* no es igual a nada diferente de un a^2 o *a* al cuadrado, al cual sucede, por poco que replieguen ustedes ese a^2 sobre el *a*, aquí traído en la primera operación, al cual sucede un a^3 , el cual se reproduce aquí sobre el a^2 por el mismo modo de operación para obtener aquí un a^4 ; todas las potencias pares se irán, les he dicho, de un lado, al encuentro de las potencias impares del otro (a^5, a^7), que se escalonarán aquí, y su todo realizando esta suma que se cifra con el *uno* minúscula.⁹ Lo que entonces tenemos arriba de esta proporción no es más que: $a + (a^2 + a^3 + a^4 \dots)$ y así sucesivamente, lo cual comienza a partir de a^2 hasta el infinito, siendo estrictamente igual al *Uno* mayúscula.

Resulta entonces que tienen ahí una figura bastante buena de lo que llamé, en la cadena significativa, el efecto metonímico, y que desde hace tiempo, y en adelante, ilustré con el *deslizamiento* en esta cadena de la figura *a minúscula*.

No es todo. Si la medida que será dada así en ese juego de *escritura*, puesto que no es otra cosa, es exacta, se desprende, muy inmediatamente, que nos basta con hacer pasar ese bloque total del *Uno más a minúscula* a la función del *Uno* al cual se le impone como sustitución, para obtener lo siguiente:

$$\frac{1+(1+a)}{1+a} = \frac{1+a}{1} = \frac{1}{a} = \frac{a}{1-a} = a$$

...que bien me puedo dar el lujo –asunto de continuar divirtiéndoles– de no escribirlo, quiero decir: el último 1, reproduciendo en su nivel la maniobra de hace poco, lo que me permite escribir luego: $1/a$, el cual, si continúan procediendo por la misma vía, se prosigue en la fórmula $a/1-a$, el cual (siendo $1 - a$ igual a a^2) no es otra cosa¹⁰ que *a*: la identificación final que, en cierta forma, sanciona que a través de esos rodeos, esos rodeos que no son nada puesto que es ahí donde podemos aprender a hacer jugar exactamente las relaciones de *a minúscula* con el sexo, nos remiten pura y simplemente a esta identidad del *a minúscula*.

Para quienes esto siga siendo un tanto difícil aún, no omitan que ese *a minúscula* ¡es algo absolutamente existente! Hasta ahora no lo he hecho, pero puedo escribir su valor, todo el mundo

⁹ Lacan dice efectivamente “uno minúscula”, es decir, la suma (todo) de las potencias pares y de las potencias impares de *a*. En efecto, $a^2 + a = 1$, donde *a* es la suma de las potencias impares, y a^2 es la suma de la potencias pares [Sizaret].

¹⁰ Es, por supuesto, $1/a$. Lacan corregirá al comienzo de la siguiente sesión del seminario. [S.]

lo conoce, ¿no es cierto?... Es raíz de cinco menos uno sobre dos, $\sqrt[5]{5-1}/2$. Y, si quieren escribirlo en cifras, si me acuerdo bien, es algo de este tipo¹¹: 2,236068... No me acuerdo muy bien; aquí es exactamente 67 y no 68, pero luego hay unos nueve... etc., eso continúa por cierto tiempo. En resumen, no respondo por eso; es un recuerdo del tiempo... Bueno, en mi tiempo se aprendían así las matemáticas, se sabía un cierto número de cifras de memoria. Cuando yo tenía 15 años sabía de memoria las seis primeras páginas de mi tabla de logaritmos. Otro día les explicaré para qué sirve, pero es muy cierto que no sería uno de los peores métodos de selección para los candidatos a la función de psicoanalista. Aún no hemos llegado allá... Tengo tanta dificultad para hacer entrar la mínima cosa sobre este delicado tema, que ni siquiera he sugerido, hasta ahora, adoptar ese criterio [risas]. ¡Valdría tanto como todos los que están en uso actualmente!

Retomaremos, entonces, en esta fórmula, esos tiempos para designar, propiamente hablando, aquí en el $1 + a$, el punto de estas formulaciones que designa mejor lo que podemos llamar el *sujeto sexual*.

Si el *Uno* designa en su tiempo primero de enigma, la función significativa del sexo, es a partir del momento en que el $1 + a$ llega al denominador de la igualdad tal como la vemos desplegarse aquí, siempre la misma, que surge, como pueden verlo, aunque yo no lo haya escrito de manera imprudente, en el nivel superior, ese famoso *dos* de la diada que no se podía escribir en forma de un 2 sin haber advertido que eso requiere ciertos comentarios suplementarios respecto, en esta ocasión, a lo que se llama la asociatividad de la adición.

$$\frac{1+(1+a)}{(1+a)} = \frac{(1+1)+a}{(1+a)}$$

En otras palabras, que yo separo el segundo 1 aquí en tanto que está en este paréntesis para agruparlo en un mismo paréntesis con el otro 1 que lo precede, pero que tiene una función diferente. Pero no es difícil subrayar en esos tres términos: este 1, este 1, y este *a minúscula*, los tres intervalos que están aquí en cuestión, a saber, los que ponen al *a minúscula* en problemas respecto a los otros dos 1.

¿Qué puede querer decir todo esto? [risas].

Para confrontar el *a minúscula* con la unidad, lo cual es solamente instituir la función de la medida, pues bien, esta unidad, hay que empezar por ESCRIBIRLA. Ésta es la función que,

¹¹ Lacan rectificará al comienzo de la próxima sesión del seminario. El valor de $\sqrt[5]{5-1}/2$ es 0,618... Nótese: lo que se llama propiamente número de oro es $\sqrt[5]{5+1}/2=1,618$. Lo que empieza a dar aquí es el valor de $\sqrt{5}$ [S.].

desde hace mucho tiempo, introduje con el término de trazo unario (*unario*, dije, porque ocurre que mi voz baje). Entonces, ¿dónde se lo escribe, ese trazo unario, esencial para operar para la medida del *a minúscula* respecto al sexo? Pues bien, seguramente, no en la espalda del objeto *a minúscula*, ¡puesto que ningún objeto *a minúscula* tiene espalda! Es precisamente para esto que sirve, creo que ustedes lo saben desde siempre, lo que llamé yo el lugar del Otro, en la medida en que es precisamente aquí representado, como llamado por todo este proceder lógico. Es decir, el lugar del Otro ante todo, en tanto que como tal, introduce la reduplicación del campo de lo *Uno*; es decir, aún cuando ahí no tenemos más que, propiamente hablando, la figuración de lo que articulé como la repetición original, como lo que hace que el *Uno* primero (ese *Uno* tan caro a los filósofos, y que sin embargo, en sus manipulaciones presenta cierta dificultad) que este *Uno* sólo surge en cierta manera retroactivo a partir del momento en que se introduce, *como significante*, una repetición.

Ese rasgo [*trait*] unario... me acuerda de los gritos desesperados de uno de mis oyentes más sutiles, cuando sencillamente lo recogí de un texto de Freud, el *einziger Zug*, donde había pasado desapercibido para ese encantador interlocutor a quien le habría gustado hacer él mismo su hallazgo... No crean, sin embargo, que sólo existe ahí. Freud no descubrió el rasgo [*trait*] unario. Y si quieren, sencillamente, entre otros (por supuesto, naturalmente, voy a hablar dentro de poco de los griegos), sino sencillamente para quedarnos en la actualidad, abrir el último número de la excelente revista que se llama *Arts Asiatiques*, verán allí la traducción de un muy bonito tratado breve de la pintura¹² por un pintor de quien, afortunadamente, tengo la fortuna de tener pequeños... bueno, *kakemonos* se los llama, que se llama Shitao y que, da gran cuenta, a mi fe, de ese rasgo unario; sólo habla de eso, ¡sí! Sólo habla de eso durante un buen número de páginas, y excelentes. En chino eso se llama (y no solamente para los pintores, pues los filósofos, hablan mucho al respecto) *yǐ* que quiere decir *Uno* y *huà* que quiere decir *trazo* [*trait*]. Es el rasgo unario. Funcionó mucho, les garantizo, antes de que yo les machacara las orejas con eso aquí.

Pero lo importante, entonces, también, es reconocer...¹³

¹² Shitao, "Traité de la peinture", Traducción y comentario en *Arts Asiatiques*, cuadernos publicados por la *École française d'Extrême-Orient* por Pierre Ryckmans, retomado bajo el título *Les propos sur la peinture du moine Citrouille-amère*, París, Hermann, 1984 [D.]

¹³ Lacan va hacia el tablero.



(Ya lo sé... está escrito como si... es, muy puerco, ¡ah!, mi... mi carácter chino, pero no tengo el... no tenía mi... ¡sí, bueno! ¡Sí!)...reconocer aquí (en esta función esencial que necesita, como oponiéndose, como en espejo, el campo del Otro a ese campo de lo Uno enigmático), propiamente hablando, lo que se ha figurado desde hace mucho tiempo en mi grafo por la connotación *significante de A mayúscula tachado*, S(A). Esto permite también, en este artículo que titulé *Remarques...*¹⁴ y que da la fórmula de lo que se llama, en el psicoanálisis y en los textos freudianos, una de las formas de la identificación, identificación con el Ideal del yo, cuyo rasgo esencial ubiqué precisamente en el Otro, como indicando a nivel del Otro esta referencia en espejo, de donde precisamente parte para el sujeto la vena de todo lo que es identificación. Es decir, lo que especialmente, en el campo del que hablamos hoy, de la díada, ha de distinguirse. Distinguirse como situándose, y situándose como distinta de las otras dos funciones que son respectivamente la de la repetición, la identificación la ponemos en la mitad, y por último la relación¹⁵... La última vez les dije lo que había que pensar respecto a cualquier cosa que pueda autorizarse de la díada sexual. Califiqué de bufona esta “relación”¹⁴ de la que se habla como de algo que tendría la mínima consistencia cuando se trata de sexo.

Quisiera sencillamente aquí hacerles un comentario. Al mismo tiempo, justo después de *El Sofista*, donde interviene Aristóteles, donde funda de una manera que es justo decir que (independientemente de la disolución que, luego, supimos operar de las operaciones de la lógica), que es justo decir que sus *Categorías*¹⁶ conservan un carácter inquebrantable. Ya los he incitado enérgicamente a retomar ese breve tratado. Es claramente admirable en todo lo que concierne a este ejercicio que puede permitirles dar un sentido al término de “sujeto”. La enumeración de las categorías... no voy a volvérselas a hacer, la de *lugar*, la de *tiempo*, la de

¹⁴ “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, 1958, 1960, en *Escritos 2*.

¹⁵ *relation*

¹⁶ Aristóteles, *Organon*, libro 1 « Categorías ». En francés: edición Tricot, Vrin, 1936. O edición bilingüe, F. Hildefonse y J. Lallot. Senil, 2002.

cantidad, la de *cómo*, la de *por qué*, etc. ¿No es sorprendente que tras una enumeración tan exhaustiva, se note que, precisamente, Aristóteles no introdujo en las categorías esa especie de relación que podría escribirse –pero intenten un poco y me contarán– la relación sexual?

Todos los lógicos tienen la costumbre de ejemplificar los diferentes tipos de relaciones que distinguen como transitivas, intransitivas, reflexivas, etc., ilustrándolas por ejemplo con términos de parentesco: “si Tal, si A es el padre de B, B es el hijo de A”, y así sucesivamente. Es bastante curioso, por lo menos tan curioso como la ausencia, en las categorías aristotélicas, de la relación sexual, que nunca nadie se haya arriesgado a decir que “sí A es el hombre de B, B es la mujer de A”.

Sin embargo, esta relación, por supuesto, hace parte de nuestra pregunta concerniente a aquello de lo que se trata, a saber, este asunto del estatuto que pueda fundar esos términos que son, propiamente hablando, los que acabo de adelantar bajo la forma de *hombre* y de *mujer*.

Para hacerlo, es absolutamente vano proyectar (para emplear un término que el psicoanalista usa a tontas y a locas), proyectar el *Uno* que viene a marcar el campo del Otro en lo que voy ahora a llamar *x*, para marcar bien que este *Uno* no era nada más, hasta ahora, que una *denominación*. Que haya que designar con el Uno del trazo unario lo que está ahí entre el *a* *minúscula* y el Otro con mayúscula, es lo que sólo abusivamente puede considerarse como (ese campo *x*) lo unificante, ¡haciéndolo unitivo, más aún!

Por supuesto, no fue ayer que tuvo lugar ese deslizamiento, y no es privilegio de los psicoanalistas; la confusión de un Ser –¿cuál Ser? ¡Supremo!– con el Uno como tal, es lo que se encarna, de manera inminente, por ejemplo, en la pluma de un Plotin. Todo el mundo sabe eso.

El predominio de esta función mediana que no es una nonada, puesto que opera (yo la llamé la, fundamental, del Ideal del yo) en tanto que depende de eso toda una cascada de identificaciones secundarias, particularmente la del *Yo ideal*, la cual es nódulo del yo; todo esto ha sido expuesto y queda inscrito en su lugar y en su tiempo, y por sí mismo hace surgir claramente el asunto de de cuál motivo está necesitada la multiplicidad de esas identificaciones. Es claro que basta con remitirse al pequeño esquema óptico que di, que no es más que una metáfora; en cambio esto nada tiene de metafórico, ¡puesto que son las metáforas las que precisamente son operantes en la estructura!

En resumen, que el lazo del Uno con el Otro por identificación y sobre todo si toma esta forma reversible que hace del Uno el Ser supremo es, propiamente hablando, típica del error

filosófico. Por supuesto, si les dije que leyeran *El Sofista* de Platón, es que estamos lejos de caer ahí en este Uno y que Plotín es aquí la mejor referencia para dar prueba de ello.

No quisiera oponer allí que los místicos... en la medida en que son los que podemos definir como los que avanzaron, a costa suya, de *a minúscula* hacia este Ser que, por su parte, lo único que hizo fue anunciarse como impronunciable (impronunciable en lo que respecta a su nombre) nada menos que con esas letras enigmáticas que reproducen (¿se lo sabe?) la forma general del *Yo soy*, no *Aquel que soy*, ni *Aquel que es*, sino *Lo que yo soy*. Es decir, ¡busquen entender!...

Pueden ver, ahí, que nada especifica tanto (aunque merezca ser especificado en otro nivel por la referencia que se hace al padre) al Dios de los Judíos; porque a decir verdad, el *Tao* se enuncia, como lo saben, en nuestro tiempo en que el Zen recorre las calles, en alguna parte han debido ustedes recoger que “el Tao que puede nombrarse no es el verdadero Tao”. En fin, no estamos aquí para hacer gárgaras con esos viejos chistes...

Cuando hablo de las místicas, hablo sencillamente de los huecos que encuentran. Hablo de *Noche oscura*,¹⁷ por ejemplo, que prueba que en cuanto a lo que puede allí haber de unitivo en las relaciones de la criatura con cualquier cosa, siempre puede, aún con los más sutiles métodos y los más rigurosos... encontrarse allí una dificultad. Los místicos, para decirlo todo (debo decir también que es el único punto por el cual me interesan; no estoy tratando de hacer del acto sexual, pienso que se dan ustedes cuenta de manera suficiente, una “teoría” (entre comillas) mística), se habla de los místicos ellos para señalar que son menos brutos que los filósofos; así como “los enfermos son menos brutos que los psicoanalistas”. Esto depende únicamente de esto: que... es... es una de las alternativas, renovada, de lo que ya varias veces di como fórmula de la alienación: *la bolsa o la vida, la libertad o la muerte, la estupidez o la canallada*, por ejemplo. ¡Pues bien, no hay elección! Cuando se plantea: *la estupidez o la canallada*, por lo menos a nivel de los filósofos o... o de los psicoanalistas, es siempre la estupidez la que gana; no hay manera de escoger la canallada.

En resumen, para tomar ese campo que está ENTRE el *a minúscula* y el A mayúscula, ven que dibujé dos líneas: una, hecha de un punteado y luego de una línea continua, sencillamente para señalar que el *a minúscula* se iguala en su primera parte con lo que es el *a minúscula*

¹⁷ San Juan de la Cruz, « Noche oscura ». Sain Jean de la Croix, “La nuit obscure”, en *Œuvres spirituelles*, traducidas al francés por el R. P. Cyprien de la Nativité de la Vierge, revisadas por el R. P. Lucien Marie, París, Desclée de Brouwer, 1949 [D.].

externo, y que está ese resto del a^2 . Pero hice una segunda línea, una segunda línea que bien podría ser la única, para señalarnos que ese punto, ese campo, ha de considerarse (digo para nosotros, los analistas) como siendo en su conjunto algo de lo que por lo menos se sospecha que participa de la función del agujero.

Y no puedo dejar (así sea por reconocimiento a la contribución que el Sr. Green tuvo a bien aportar hace, creo, dos sesiones, a mi trabajo) de introducir aquí, por qué no, la referencia que él tuvo a bien adjuntar allí. Es la que introdujo, debo decir (no se dejen llevar), muy notablemente, bajo la forma de ese caldero, de ese caldero del *Es*, que él fue a extraer allí donde de hecho la mayoría de entre nosotros lo conoce, en la treintaiunava o treintaidosava *Nueva conferencia* de Freud. El caldero, en una cierta imagen que puede hacerse de éste, se expresa, algo como así: “¡eso hierve ahí dentro!”. A decir verdad, en el texto de Freud, es justamente de eso de que se trata. Con qué ironía Freud podía dejar pasar tales imágenes, es algo por supuesto que habría que estudiar. No está a nuestro alcance enseguida. Antes sería necesario entregarse... bueno... a una sólida operación de desbaste, como a menudo lo he hecho notar, de lo que recubre el texto... bueno, ¿no es cierto?... ¡la marea negra!

No digamos demasiado al respecto, salvo, en últimas, esto: que una de las cosas más esenciales a distinguir –quisiera que retuvieran su fórmula– es la diferencia que hay entre la *podredumbre* y la *mierda*. Si no se hace una distinción exacta, no se nota, por ejemplo, que lo que Freud designa, es ese algo *podrido* que hay... en el goce. Y no soy yo quien inventa ese término: la *Tierra Gasta* se pasea ya por la literatura cortés, son los términos poéticos que usan los *Romanos de la Mesa Redonda*,¹⁸ y los vemos retomados (hallamos lo que nos sirve donde está) en la pluma de ese viejo reaccionario de T. S. Eliot en el título *The Waste Land*.¹⁹ ¡Él sabe muy bien de qué habla! Léanlo, *Waste Land*, es aún una muy buena lectura, y debo decir que

¹⁸ Chrétien de Troyes, *Perceval, ou le Conte du Graal*. La Tierra Gasta es el imperio devastado del rey Méhaigné. Oeuvres complètes, Bibliothèque de la Pleiade, Gallimard, Paris, 1994. [En la leyenda del rey Arturo, la Tierra Gasta es un territorio devastado que se ha vuelto estéril y cuya fertilidad sólo se recuperará al final de la búsqueda del Grial, que sanará al Rey Herido y a su reino. El Rey Méhaigné (Rey Pescador o Rey Herido) es el último de una descendencia encargado de cuidar el Santo Grial. A menudo se lo llama “Rico Rey Pescador” por el inestimable tesoro que tiene a su cuidado (tesoro espiritual más que material). El relato de su historia varía mucho, pero siempre es herido en las piernas o en la ingle, y es incapaz de moverse por sí mismo. Desde entonces, su reino parece compartir sus dolencias, como si la enfermedad del rey hiciera estéril la tierra (Mito de la tierra devastada que ha de relacionarse con el inglés *Waste Land*. Sólo le queda pescar en el río cerca de su castillo de Corbenic, mientras todos los Caballeros acuden para curar al Rey pescador, pero sólo el “Buen caballero” puede realizar el milagro. T.].

¹⁹ Eliot Thomas Stearns [1888-1965], *The Waste Land* [1922]. Cf. *La Tierra Baldía y otros poemas*, Cátedra, 1954.

bastante divertida, ¡si bien menos clara que la de Heidegger! ¡No se trata de otra cosa, de cabo a rabo, que de la relación sexual!

Una de las cosas más útiles sería evidentemente decantar ese campo de la podredumbre, del alquitrán de mierda –digo, propiamente hablando, dada la función privilegiada que juega en esta operación el objeto anal– con el que la teoría psicoanalítica actual la recubre.

Entonces, en el lugar de lo que había definido como el *Es* de la gramática –verán tras qué gramática, se trata–, el Sr. Green me recordó que era necesario que no olvidara la existencia del caldero, caldero en tanto que hace “*burú, burú, burú, pschiiit*”. El asunto es esencial y, a decir verdad, le rindo enteramente este homenaje, de que tomó una vía muy mía, para hacer funcionar enseguida lo que él llamó modestamente la asociación de idea, y que era la referencia al *Witz*, para recordarnos el otro uso que Freud hace del caldero, a saber, que respecto a ese famoso caldero que se nos reprocha haber devuelto agujereado, el sujeto ejemplar responde, por lo común, que, primero, él no lo pidió prestado, segundo, que agujereado ya estaba y, tercero, que lo devolvió intacto. Fórmula que, seguramente, tiene todo su valor de ironía y de *Witz*, pero que es aquí particularmente ejemplar cuando se trata de la función de los analistas, porque el uso que hacen los analistas de este lugar, que yo estoy de acuerdo en que es necesario representar por algo como un caldero, a condición precisamente de saber que es un caldero agujereado, y que por lo tanto es totalmente inútil pedirlo prestado para hacer dulces en él, ¡y que igualmente no lo prestamos! Toda la técnica analítica (es un error no señalarlo) consiste precisamente en *dejar vacío* este lugar del caldero. ¡Que yo sepa, no se hace el amor en el consultorio analítico! Es precisamente porque en ese lugar –y en lo que ha de medirse allí–, uno opera desde lo que está ahí, a la derecha y a la izquierda, del *a minúscula* y del *A mayúscula*, que podemos tal vez decir algo al respecto.

Entonces, diré yo que esas tres divertidas referencias al problema del deudor del caldero, no hacen más que recubrir, por parte de los analistas, un triple rechazo a reconocer lo que justamente está en juego. Primeramente: que ese caldero no lo han pedido prestado, niegan ese *no...* e imaginan que efectivamente lo han pedido prestado. En segundo lugar, parece que quisieran olvidar, tanto como puedan, que, tal como sin embargo lo saben bastante bien, ese caldero está agujereado y que prometer devolverlo intacto es algo enteramente aventurado.

Solamente a partir de ahí se podrá dar cuenta de qué se trata a nivel de fenómenos que son esos fenómenos de verdad, que intenté precisar en la fórmula *Yo, la verdad, hablo*.²⁰

Esto es cierto, independientemente de lo que los psicoanalistas piensen al respecto, y aún si quieren pensar algo que no los obligue a hacer oídos sordos a las palabras de la verdad.

Aquí, qué nos enseña el elemento mismo de la teoría psicoanalítica sino que acceder al acto sexual es acceder a un goce... *culpable*, ¡AÚN Y SOBRE TODO SI ES INOCENTE! El goce pleno, el del rey de Tebas y el del salvador del pueblo, el de aquel que levanta el cetro caído, no se sabe cómo y sin descendencia... ¿Por qué? Se olvidó. En resumen, ¿este goce que recubre qué? La podredumbre, la que explota, al fin, en la peste. Sí, él, el rey Edipo, realizó el acto sexual, el rey reinó. De hecho, tranquilícense, es un mito. Es un mito como casi todos los demás mitos de la mitología griega; hay otras maneras de realizar el acto sexual, en general, que encuentran su sanción en los infiernos. La de Edipo es la más “humana”, como decimos hoy, es decir, con un término que no tiene enteramente equivalente en griego, donde sin embargo, se encuentra el cuarto de ropas del humanismo.

¿Qué océano de goce femenino, les pregunto, no ha sido necesario para que el navío de Edipo flote sin hundirse, hasta que la peste muestre en fin de qué estaba hecha la mar de²¹ su felicidad? Esta última frase puede parecerles enigmática. Es que hay, en efecto, aquí que respetar el carácter de enigma que debe conservar propiamente un cierto saber, que es el que concierne al palmo que marqué aquí con el agujero. Asimismo, no hay entrada posible en ese campo, sin el sobrepasamiento del enigma. Y, ustedes lo saben, es lo que designa el mito de Edipo. Sin la noción de que ese saber (que sólo figura el enigma, ya sea o no razonado), de que ese saber, digo, es intolerable para la verdad; porque la Esfinge es lo que se presenta cada vez que la verdad está en cuestión. La verdad se lanza al abismo cuando Edipo zanja el enigma. Esto quiere decir que él muestra ahí propiamente, la especie de superioridad, de superioridad, de ὑόρις como él decía, que la verdad no puede soportar.

¿Qué quiere decir esto? Quiere decir el goce en tanto está en el principio de la verdad. Eso quiere decir lo que se articula en el lugar del Otro, para que el goce (del cual se trata de saber ahí dónde está) se plantee como cuestionando en nombre de la verdad.

²⁰ “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, 1955, 1956, retomado en *Escritos I*.

²¹ A subrayar la homofonía entre “*la mer de*” y “*la merde*”: la mar de... y la mierda. [T.]

Y se necesita que esté en ese lugar para cuestionar. Quiero decir: en el lugar del Otro. Porque uno no cuestiona desde otro lugar. Y esto les indica que ese lugar que introduje como el lugar donde se inscribe el discurso de la verdad no es ciertamente, independientemente de lo que haya podido escuchar tal o cual, esa especie de lugar que los estoicos llamaban “incorporal”. Tendré que decir de qué se trata, a saber, precisamente, que es el *cuero*. Tampoco es por ahí que tengo que avanzar hoy, como quiera que sea.

Algo sabía Edipo sobre lo que se le planteaba a manera de pregunta, y cuya forma debería en efecto, en nuestro turno, retener nuestra perspicacia. ¿La simplona figura de la respuesta no nos engaña desde hace siglos con sus cuatro patas, sus dos piernas, y además el bastón del vejstorio que se agrega al final? ¿Acaso no hay, en esas cifras, algo diferente cuya fórmula encontraremos mejor siguiendo lo que nos indicará la función del objeto *a minúscula*?

El saber es, pues, necesario para la institución del acto sexual. Y esto es lo que dice el mito de Edipo. ¡Juzguen un poco, en adelante, sobre lo que fue necesario que desplegara Yocasta, en tanto poder de disimulación! Puesto que, en los caminos del encuentro, de la τύχη, que es esa que uno sólo tiene una vez en la vida, de la única que puede llevarlo a la felicidad, puesto que Edipo pudo no saber más pronto la verdad! Pues, en últimas, todos esos años que durará su felicidad, ya sea que haga el amor por las tardes en el lecho o durante el día... ¿jamás, jamás Edipo, tuvo, jamás, que evocar esa extraña escaramuza que tuvo lugar en el entrecruce con ese vejete que sucumbió allí? Y además, el servidor que sobrevivió a eso, y que, cuando vio a Edipo subir al trono ¡se largo! Vamos, vamos, ¿acaso todo este cuento, esta huida de todos los recuerdos, ¡bueno!, esta imposibilidad de volverlos a hallar, no está sin embargo hecha para evocarnos algo? Y de hecho si Sófocles, por supuesto, nos agrega toda la historia del servidor, para evitarnos pensar en el hecho de que Yocasta, al menos, no pudo no saber, no pudo evitar sin embargo (se las traje aquí para ustedes), impedir hacer que Yocasta gritara en el momento en que ella le pide que se detenga: *–Por tu bien, te doy el más sabio consejo. –Comienzo a hartarme de eso*, responde Edipo. *–Desventurado, ¡que nunca llegues a saber quién eres!* Ella lo sabe, ella lo sabe bien, ¡ella lo sabe, por supuesto! y es por eso que ella se mata: por haber sido la causante de la perdición de su hijo.

¿Pero qué es Yocasta? Pues bien, ¿por qué no la mentira encarnada en lo que concierne al acto sexual? Aún si nadie hasta aquí ha sabido verlo ni decirlo, es un lugar adonde uno sólo accede al haber separado la verdad del goce.

La verdad no puede hacerse escuchar allí, porque si se hace escuchar allí, todo se escabulle y aparece el desierto. ¡Por lo común, sin embargo, el desierto es un lugar poblado, como ustedes lo saben! A saber, ese campo *x* donde sólo penetran nuestras mensuraciones. Normalmente hay un gentío loco, los masoquistas, los ermitaños, los diablos, los fantasmas,²² los parásitos y las larvas... ¡Basta simplemente con que uno empiece a predicar allí, especialmente el sermoneo psicoanalítico, para qué todo el mundo se largue!

De eso se trata. ¿Desde dónde hablar al respecto? Pues bien, desde donde todos, a mí fe, hacen entrar allí el goce. Porque el goce, les dije, ¡no está ahí! Ahí está el *valor* de goce. Pero en Freud, esto está muy bien dicho, precisamente por el mito, cuando subraya el sentido último del mito del edipo: goce culpable, goce podrido, sin duda, pero todavía no es decir nada si no se introduce la función del *valor de goce*, es decir, de lo que lo transforma en algo de otro orden.

¿Cuál es el goce del amo del mito que Freud forja? Él goza, se dice, de todas las mujeres. ¿Y qué quiere decir eso? ¿No hay en eso algún enigma? ¿Y esas dos vertientes del sentido de la palabra “gozar” que les dije la última vez, vertiente subjetiva y objetiva? ¿Es él quien goza por esencia? Pero, entonces, todos los objetos están ahí, de cierta forma, huyendo del campo. O en aquello de lo que él goza, ¿lo que importa es el goce del objeto, a saber, de la mujer? Esto no es decir “se escabulle”, por la simple razón de que ahí está el mito que se trata de designar en este punto, en ese campo, o la función original de un goce absoluto que, el mito lo dice suficientemente, no funciona sino cuando es goce asesinado, o si quieren, goce aséptico. O también, para tomar a cuenta mía una palabra que, al leer al señor Dauzat, o al Sr. Le Bidois, supe que emplean los canadienses, que se sirven de la palabra *can* (que como ustedes saben es un *jerry can*)²³, y emplean la palabra *canné*. ¡He ahí un buen franglés, una vez más!

Un goce “*canné*”²⁴, eso es lo que Freud, en el mito, en el mito del padre original y de su asesinato, nos designa como siendo la función original sin la cual no podemos ni siquiera llegar a concebir lo que será ahora nuestro problema. A saber, lo que entra en juego en las operaciones, gracias a lo cual se intercambian, se economizan y se vuelven a verter²⁵ las funciones del goce tal como hemos tenido que enfrentarlo en la experiencia psicoanalítica.

²² *fantômes*

²³ *Jerrycan, jerrican* o *jerry can* es un robusto contenedor de combustible hecho de acero prensado, diseñado para contener 20 litros de combustible, inventado por los alemanes en un proyecto secreto ordenado por Hitler; lo llamaron *Wehrmachtspanister*: bidón.

²⁴ “embidonado” [T.]

²⁵ *se reversent*. Según Dorgeuille, *se renversent* : se invierten, se trastocan.

Después de lo que les he adelantado entonces hoy, creo, nos adentraremos en un cerrar (aún cuando preparatorio) a partir del 10 de mayo.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com